

El Espíritu de verdad 3 de octubre de 2023

Los discípulos ven la gloria del Señor y el testimonio de Moisés y Elías. Ahora encuentran el valor para bajar de la montaña y dirigirse a Jerusalén. En el evangelio de hoy (Lucas 9:51-56) los vemos en camino. Se encuentran con los samaritanos, que se oponen a ellos porque se dirigen a Jerusalén. La reacción inmediata de los discípulos es hacer bajar fuego del cielo y destruirlos. En efecto, acaban de ver a Elías y eso fue lo que hizo con los profetas de Baal. Pero el Señor les reprende. Todavía no han comprendido el camino por el que el Señor les conduce.

En las próximas tres semanas podemos sentir la tentación de hacer caer fuego del cielo sobre aquellos con los que no estamos de acuerdo. Nuestra sociedad está llena de ira ardiente. El Señor nos invita a desterrar esos impulsos destructivos de nuestro encuentro.

Esta ira generalizada nace del miedo, pero no debemos tener miedo. El Señor ha prometido el Espíritu Santo, que nos guiará a toda la verdad. La noche antes de morir, Jesús dijo: " Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero por el momento no son capaces de soportar la carga. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los conducirá a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que ha escuchado y les anunciará lo que está por venir" (Jn 16, 12-13). Sean cuales sean los conflictos en nuestro camino, de una cosa estamos seguros: el Espíritu de la verdad nos conduce a toda la verdad. Pero no será fácil. Jesús advierte a sus discípulos: "Aún tengo que deciros muchas cosas, pero de momento no sois capaces de soportar la carga". En Cesarea de Filipo, Pedro no soporta oír que Jesús tendrá que sufrir y morir. En esta última noche antes de la muerte de Jesús, Pedro no puede soportar la verdad de que él mismo negará a Jesús. Ser conducido a la verdad es oír cosas desagradables.

¿Cuáles son las verdades que nos cuesta afrontar hoy? Es muy doloroso enfrentarse a la magnitud de los abusos sexuales y la corrupción en la Iglesia. Ha parecido una pesadilla de la que esperamos despertar. Pero si tenemos el valor de afrontar esta verdad vergonzosa, la verdad nos hará libres. Jesús promete que " serán afligidos, pero su aflicción se cambiará en alegría " (16,20), como en los dolores de parto de la mujer. Estos días del Sínodo serán a veces dolorosos, pero si nos dejamos guiar por el espíritu, serán los dolores de parto de una Iglesia renacida.

Este es nuestro testimonio ante una sociedad que, a su vez, huye de la verdad. El poeta T.S. Eliot dijo que "la humanidad no puede soportar demasiada realidad" (1). Nos dirigimos hacia una catástrofe ecológica, pero nuestros dirigentes políticos suelen fingir que no pasa nada. Nuestro mundo está crucificado por la pobreza y la violencia, pero los países ricos no quieren ver a los millones de nuestros hermanos y hermanas que sufren y buscan un hogar. La sociedad occidental tiene miedo de enfrentarse a la verdad de que somos seres mortales vulnerables, hombres y mujeres hechos de carne y hueso. Rehuimos la verdad de nuestra existencia corpórea, pretendiendo que podemos identificarnos como queramos, como si sólo fuéramos mentes. La cultura del borrado significa que hay que silenciar a las personas con las que no estamos de acuerdo, hay que impedir que hablen, igual que los discípulos querían hacer caer fuego sobre los samaritanos que no habían aceptado a Jesús. ¿Cuáles son las dolorosas verdades que nuestros hermanos y hermanas de distintos continentes temen afrontar? No me corresponde a mí decirlo.

Si tenemos el valor de ser honestos sobre quiénes somos, es decir, seres humanos mortales vulnerables y hermanos y hermanas en una Iglesia que siempre ha sido heroica y corrupta, entonces hablaremos con autoridad a un mundo que todavía tiene hambre de verdad, aunque el tema que sea inalcanzable. Esto requiere valentía, que para el aquinate era fortitudo mentis, la fortaleza de ánimo para ver las cosas como son, para vivir en el mundo real. La poeta Maya Angelou dijo: "La valentía es la más importante de todas las virtudes, porque sin valentía no puedes practicar las demás virtudes con coherencia" (2).

Cuando San Óscar Romero regresó a El Salvador, un funcionario de inmigración le dijo: "Esta es la verdad". Era la verdad frente a la muerte. Sentado en un banco, preguntó a un amigo si tenía miedo a morir. El amigo respondió que no. Romero replicó: "Pero yo sí. Tengo miedo de morir". Fue esta sinceridad la que hizo tan hermoso su martirio. Desde que vio el cuerpo mutilado de su amigo jesuita Rutilio, comprendió lo que le esperaba. Cuando fue martirizado, encontraron su cuerpo cubierto de sudor. Parece que vio al hombre que iba a matarle, y no huyó.

La última noche, Jesús advierte a sus discípulos que, si permanecen en él, la vida verdadera, serán podados para que den más fruto. En este sínodo podemos sentir que estamos siendo podados. Así podremos dar más fruto. Esto puede significar que estamos libres de ilusiones y prejuicios mutuos que podamos tener, de nuestros miedos y de nuestras estrechas ideologías. Podados de nuestro orgullo. Uno de mis hermanos jóvenes me animó a hablar personalmente sobre este tema, aunque tengo algunos reparos en hacerlo. Hace un par de años, me sometieron a una cirugía mayor por cáncer de mandíbula. Duró diecisiete horas. Permanecí en el hospital durante cinco semanas, sin poder comer ni beber. A menudo no entendía muy bien dónde estaba ni quién era. Me despojaron de mi dignidad y dependí completamente de los demás incluso para las necesidades más básicas. Fue una poda terrible. Sin embargo, también fue una bendición.

En ese momento de impotencia, no podía pretender ser importante, no podía presumir de ningún logro. Yo era simplemente otra persona enferma en la cama de un hospital sin nada que dar. Ni siquiera podía orar. Entonces mis ojos se abrieron un poco más al amor completamente gratuito e inmerecido del Señor. No podía hacer nada para merecerlo y era maravilloso que no fuera necesario que yo lo hiciera.

El Espíritu está en cada uno de nosotros, guiándonos juntos a toda verdad. ¡Fui ordenado por el gran obispo Butler, la única persona presente en el Concilio Vaticano II que hablaba perfecto latín ciceroniano! Le encantaba decir: "No temamos que la verdad dañe a la verdad" (3). Si lo que alguien dice es cierto, no puede amenazar la verdad que amo. Debo abrir mi corazón y mi mente a la amplitud de la verdad divina. Si creo que lo que dice el otro no es verdad, naturalmente tengo que decirlo, con la debida humildad. En alemán existe la hermosa palabra Zwischenraum. Si lo entiendo correctamente, significa que la plenitud de la verdad reside en el espacio entre nosotros mientras hablamos. El misterio de Dios siempre se revela en los espacios vacíos, desde los espacios vacíos entre las alas del querubín en el arca de la alianza hasta el sepulcro vacío.

El choque de verdades aparentemente incompatibles puede resultar doloroso y enfadado. Basta pensar en el relato de san Pablo sobre su enfrentamiento con san Pedro en Antioquía, narrado en la Carta a los Gálatas: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse abiertamente a él" (2, 11). ¡Pero se dieron mutuamente la mano derecha de la amistad y la Santa Sede los considera a ambos fundadores! Estaban unidos en la muerte como mártires.

Debemos buscar la manera de decir la verdad para que la otra persona pueda escucharla sin sentirse abatida. Piense en cuando Pedro se encontró con Jesús en la orilla en Juan capítulo 21. La noche antes de la muerte de Jesús, Pedro se había jactado de amar al Señor más que a nadie. Pero poco después negó al Señor tres veces, en el momento de mayor vergüenza de su vida. En la orilla, sin embargo, Jesús no le regaña por el fracaso. Le pregunta amablemente, tal vez con una sonrisa, tres veces: "¿Me amas más que esta gente?". Con infinita delicadeza ayuda a Pedro tres veces a anular su triple negación. Ella lo desafía a afrontar la verdad con toda la ternura del amor. ¿Podemos desafiarnos unos a otros con esta delicada sinceridad? La poeta estadounidense Emily Dickinson ofrece un buen consejo: "Diga toda la verdad, pero dígala de manera indirecta: el éxito reside en un circuito".

Perdóñenme si cito poemas. Pueden ser difíciles de traducir. Lo que quiere decir es que a veces la verdad se dice con más fuerza si se dice indirectamente, para que la otra persona pueda escucharla. Si le dices a alguien que es un dinosaurio patriarcal, ¡probablemente no lo ayudará! Por supuesto, a veces será igualmente doloroso. Pero el Papa Francisco dijo: "proclamar la verdad, aunque a veces sea incómodo" (4).

Esto requerirá cierta pérdida de control por parte de todos nosotros. Jesús le dice a Pedro: "En verdad, te digo, que cuando eras más joven tú mismo te ponías el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras ir. Esto le dijo para indicarle con qué muerte glorificaría a Dios" (Juan 21, 18).

Si el Sínodo tiene las dinámicas de la oración más que las de un parlamento, nos pedirá una especie de abandono del control, incluso una especie de muerte. Dejar que Dios sea Dios. En *Evangelii gaudium*. El Santo Padre escribió: "no hay mayor libertad que la de dejarse conducir por el Espíritu, renunciando a calcularlo y controlarlo todo, y dejar que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos empuje hacia donde Él quiere" (n. 280). ¡Renunciar al control no significa hacer nada! Debido a que la Iglesia ha sido una estructura controladora, a veces se necesitan intervenciones fuertes para permitir que el Espíritu Santo nos guíe a donde nunca pensamos que iríamos. Tenemos un profundo instinto de aferrarnos al control, razón por la cual muchos temen al sínodo. En Pentecostés el Espíritu Santo desciende con fuerza sobre los discípulos, que son enviados hasta los confines de la tierra. Los apóstoles, sin embargo, se han establecido en Jerusalén y no quieren marcharse. ¡Se necesita persecución para sacarlos del nido y expulsarlos de Jerusalén! ¡Afectuosa firmeza! Encima de mi oficina en Santa Sabina, cada año anidan algunos cernícalos. Llegó el día en que los padres echaron a los pichones del nido, obligándolos a volar o morir. ¡Sentado en mi escritorio pude ver cómo luchaban por mantenerse en el aire! ¡A veces el Espíritu Santo nos echa del nido y nos pide que volemos! Temblamos y entramos en pánico, ¡pero volamos!

En Getsemaní, Jesús entrega el control de su vida y la confía al Padre. ¡No como quiero! Cuando yo era un joven fraile, un dominico francés, que había sido sacerdote en activo, se quedó en la comunidad. Tuvo que ir a la India para servir a los más pobres entre los pobres y había venido a Oxford para estudiar bengalí. Le pregunté qué pensaba hacer: "¿Cuál es tu plan?". Él respondió: "¿Cómo puedo saberlo antes de que los pobres me lo digan?"

Cuando era un joven provincial visité un monasterio dominico que estaba a punto de cerrar. Sólo quedaban cuatro monjas ancianas. Me acompañó el anterior provincial, Peter. Cuando les dijimos

a las monjas que el futuro del monasterio parecía bastante incierto, una de ellas respondió: “Pero Timoteo, nuestro querido Señor no permitiría que nuestro monasterio muriera, ¿verdad?”. Pedro respondió inmediatamente: “Hermana, dejó morir a su Hijo”. Así que podemos dejar que las cosas mueran, no con desesperación, sino con esperanza, para dejar espacio a lo nuevo.

Santo Domingo intentó pasar el control de la Orden a sus hermanos, porque cada uno de ellos había recibido el Espíritu Santo. Por tanto, ser guiado por el Espíritu Santo significa estar libre de la cultura del control. En nuestra sociedad, el liderazgo no es más que mantener las manos en las palancas del poder. El Papa San Juan XXIII bromeaba diciendo que todas las noches le decía a Dios: "El Papa debe irse a dormir ya, por eso tú, Dios, debes cuidar de la Iglesia durante unas horas". Como bien entendió, el liderazgo a veces significa ceder el control.

El Instrumentum laboris nos llama a hacer “la opción preferencial por los jóvenes” (por ejemplo B.2.1). Cada año recordamos que Dios vino entre nosotros como un niño, un bebé recién nacido. La confianza en los jóvenes es una parte intrínseca del liderazgo cristiano. Los jóvenes no están aquí para ocupar el lugar de nosotros, los mayores, sino para hacer lo que no podemos imaginar. Cuando Santo Domingo envió a sus novicios a predicar, algunos monjes le advirtieron que así los perdería. Domenico respondió: “Sé con seguridad que mis jóvenes saldrán y volverán, serán enviados y volverán; pero vuestros jóvenes estarán encerrados y seguirán saliendo” (5).

Ser guiados por el Espíritu en toda verdad significa dejar ir el presente, confiar en que el Espíritu generará nuevas instituciones, nuevas formas de vida cristiana, nuevos ministerios. Durante los últimos dos milenios, el Espíritu Santo ha estado obrando creando nuevas formas de ser Iglesia, desde los Padres y Madres del Desierto hasta las Órdenes de frailes en el siglo XIII, ¡e incluso los jesuitas durante la Contrarreforma! Los nuevos movimientos eclesiales en el último siglo. Debemos dejar que el Espíritu Santo actúe creativamente entre nosotros, con nuevas formas de ser Iglesia que ahora no podemos imaginar, ¡pero quizás los jóvenes sí! Escúchenlo, dijo la voz en la montaña. Y esto incluye escuchar a los jóvenes, en quienes el Señor vive y habla (ver Mateo 11, 28).

Ser guiado por la verdad, como hemos visto, no es sólo una cuestión de comparación racional. No somos sólo cerebros. Revelémonos unos a otros quiénes somos, nuestra humanidad vulnerable. A santo Tomás de Aquino le encantaba decir de Aristóteles que "anima este quodammodo omnia", "el alma en cierto sentido es todo". Entendemos en profundidad abriendo nuestro ser al otro. Nos dejamos tocar y cambiar por nuestro encuentro mutuo. La verdad de plenitud en la que el Espíritu Santo nos guía no es un conocimiento desapasionado que analiza desde lejos. Es más bien un conocimiento proactivo. Es inseparable del amor transformador (IL A.1 27). El estilo dominicano es que a través del conocimiento llegamos a amar. El camino franciscano es que a través del amor llegamos a conocer. Ambos tienen razón.

El misterio al que somos guiados es el de un amor totalmente inigualable, sin rivalidad. Todo lo que el Padre tiene es dado al Hijo y al Espíritu Santo. Incluso la igualdad. Participar en la vida divina es estar libre de toda rivalidad y competencia. Es con este mismo amor divino, libre de toda rivalidad, con el que debemos amarnos unos a otros durante este sínodo. San Juan escribió: “Si alguno dice: 'Amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque cualquiera que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Juan 4:20).

El viaje hacia la plenitud de la verdad es inseparable del aprendizaje de amar. Sólo se producirá un cambio profundo si la búsqueda de comprender la voluntad del Señor se retuerce en la doble

espiral de aprender a amar a aquellos que nos resultan difíciles. Será difícil comunicar esto a las personas que no están aquí. ¿Todas estas personas realmente llegaron tan lejos, a un gran costo, sólo para amarse unos a otros? Las decisiones prácticas, por supuesto, son inevitables y necesarias. Pero deben surgir de la transformación personal y comunitaria de quiénes somos, de lo contrario son mera administración.

Imagínense la alegría de verse libres de toda competencia entre ustedes, para que la mayor voz que tengan los laicos no signifique que los obispos se hayan ido, o que cuanta más autoridad se les conceda a las mujeres, menos tengan los hombres, o que mayor consideración que reciben nuestros hermanos y hermanas africanos disminuye la autoridad de la Iglesia en Asia u Occidente. Esto requiere de cada uno de nosotros una profunda humildad mientras esperamos con confianza los dones de Dios. Simone Weil fue una mística judía francesa, fallecida en 1943, que en su camino hacia la verdad llegó a decir: "Creo en Dios, en la Trinidad, [...] en la Redención, en la Eucaristía, en las enseñanzas del Evangelio" (6). Escribió que "los bienes más preciosos no deben buscarse sino esperarse... Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo su propio contenido para acoger en sí el ser que ve tal como es en sí". su verdadero aspecto" (7).

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de la verdad, seguro que discutiremos. A veces será doloroso. Habrá verdades que preferiríamos no afrontar. ¡Pero seremos conducidos un poco más profundamente al misterio del amor divino y experimentaremos tal alegría que la gente nos envidiará por estar aquí y anhelará asistir a la próxima sesión del sínodo!

Note:

(1) *Burnt Norton, I quattro quartetti, Lo cuatro cuartetos*

(2) *Cerimonia, Ceremonia, 24 de mayo de 2008*

(3) *Ne timeamus quod veritas veritati noceat*

(4) *cfr. 24 de enero de 2023*

(5) *ed. Simon Tugwell, OP, Early Dominicans: selected writings, Primeros Dominicos: textos seleccionados, Ramsey N.J., 1982 p.91*

(6) *S. PÉTREMENT, La vita di Simone Weil, La vida de Simone Weil, Adelphi, Milán 2010, p. 646*

(7) *Waiting on God, Esperando en Dios, trad. de Emma Craufurd, Londres 1959, p.169.*